

contenido de sus familias, la constatación de la superposición de capas normativas o *yuxtaposición de sustratos*, la consideración de los avatares técnicos (en particular del jurista) en la práctica de la copia, la tensión entre la fragmentación y la unificación del derecho, y la superación del localismo jurídico, al compás de la influencia del *ius commune*, en las manifestaciones forales tardías. Traza así un repaso de las cuestiones estudiadas, en las que la autora discurre todavía con cierta impulsiva digresión, como refascinada por la incógnita, en una labor de respunte. La sensación definitiva es que Remedios Morán Martín efectivamente *propone*, esto es, huye de todo convencimiento tajante y gusta, con su experiencia y sensibilidad, de un estilo que a veces se descuida y a veces vibra, y que no solo preserva la riqueza y la curiosidad crítica de una materia con sabor añejo, sino que también cumple proporcionando un conjuro para la rejuvenecida *magia dinámica* de los fueros.

ENRIQUE ÁLVAREZ CORA  
Universidad de Murcia. España

**OBARRIO MORENO, Juan Alfredo:** *En defensa de la cultura grecolatina (Paideia versus Utilitas)*, Madrid: Dykinson, 2023, ISBN: 978-84-1122-800-8. 207 pp.

Conocí al autor de esta monografía en septiembre de 2002. En ese momento, había ganado recientemente su plaza como profesor titular de Derecho romano y había publicado cinco monografías. Dos décadas más tarde, tengo el gusto de recensionar su vigésimo quinto libro. Ha publicado, por tanto, veinte monografías en poco más de veinte años.

Además de sus numerosos estudios monográficos sobre la recepción del Derecho romano en la Península ibérica, en particular en los territorios de la Corona de Aragón y, más en concreto, en el reino de Valencia, a mediados de la pasada década empecé a investigar sobre las relaciones entre el Derecho y la literatura, el primero de los cuales lleva por título *Iura et humanitas. Diálogos entre el Derecho y la Literatura* (Madrid, 2017)<sup>1</sup>. Desde entonces, son numerosos los libros que Juan Alfredo Obarrio ha publicado en esta nueva línea, muchos de los cuales giran alrededor del totalitarismo, la universidad y la cultura.

He tenido la suerte, no solo de leer buena parte de su obra, sino de trabajar con Obarrio y de compartir buenos ratos de conversación sobre sus estudios, y creo que estamos ante su gran obra de madurez, no porque no vaya a escribir otras –que lo hará–, sino porque, conociendo al autor y a su obra –como conozco–, puedo afirmar –sin temor a equivocarme– que esta es, sin duda, su gran obra, aquella que mejor refleja su trayectoria intelectual y vital, una vida marcada por sus lecturas, identificándose plenamente con el sentir Josep Pla en *El cuaderno gris*: «Nosotros venimos de los libros. Nosotros hemos leído y leemos libros. Creemos que hemos vivido porque hemos leído libros»<sup>2</sup>. Esta es su gran obra porque creo no equivocarme si afirmo que Obarrio no ha

<sup>1</sup> OBARRIO MORENO, J. A., *Iura et humanitas. Diálogos entre el Derecho y la Literatura*, Madrid: Dykinson, 2017 [ISBN: 978-84-9148-307-6]; del que me elaboré una recensión publicada en *GLOSSAE. European Journal of Legal History* 15 (2018), pp. 281-295 (disponible en <https://www.glossae.eu/glossaeojs/article/view/336/314>).

<sup>2</sup> PLA, J., *El cuaderno gris*, Madrid, 1999, pp. 309-310: «Nosotros venimos de los libros. Nosotros hemos leído y leemos libros. Creemos que hemos vivido porque hemos leído libros. Los libros nos han dado esperanza de algo. [...] Los libros nos dicen que existe el amor, la gloria, la bondad, la gran-

leído el voluminoso aparato bibliográfico para escribir este libro, sino lo contrario, esto es, ha escrito este libro porque a lo largo de su vida ha leído todos los libros que aquí cita. No ha leído para poder escribir, sino que ha escrito porque ha leído. Esto es poco frecuente en el mundo académico.

Al describir las fuentes (pp. 191-207), el autor distingue entre las históricas, las literarias y las bibliográficas. Quien escribe estas líneas tuvo la extraña ocurrencia –rara en mí porque no soy un hombre de ciencias– de contabilizar los autores y obras empleadas por el autor en la elaboración de esta obra, y el sumando es tan revelador como apabullante: fuentes históricas (26 autores y 57 obras), fuentes literarias (71 autores y 132 obras) y fuentes bibliográficas (180 autores y 290 obras), lo que da un total de 277 autores y 479 obras. Además, sé que el autor ya había leído todas y cada una de estas obras antes de tomar la decisión de escribir este libro. De hecho, cabría decir que ha sido la lectura de estos libros y la preocupación por la situación actual de la cultura las principales razones que llevaron a Obarrio a escribir esta joya, a mi juicio la más bella e íntima de toda su trayectoria académica.

La obra se estructura en una introducción («A nuestros maestros», pp. 13-20), cinco capítulos y un epílogo final. Cada capítulo está conectado con el siguiente. De la vieja pugna entre antiguos y modernos (cap. I, pp. 21-40), sale «En defensa de la cultura clásica» (cap. II, pp. 41-73), se adentra en la necesidad de «Leer a los clásicos» (cap. III, pp. 75-125), muestra la actitud de quien trata de leer y entender la realidad, «Solo sé que nada sé» (cap. IV, pp. 127-153), y concluye con «El Derecho romano: una legítima reivindicación» (cap. V, pp. 155-180). Finalmente hace una apología, como epílogo, del «valor de lo intemporal» (pp. 181-189). Todo el texto –con sus 207 páginas y 685 notas al pie– resume la sabiduría de quien, tras una vida dedicada a la contemplación de la realidad, a la reflexión y al diálogo (leer o enseñar es dialogar, como se verá), tiene algo que decir y es capaz de escribirlo con un texto pulcro y bien cuidado, más propio de un escritor al redactar una obra literaria que de un académico al describir los resultados de su investigación.

He afirmado que esta obra es, a mi juicio, la más bella e íntima de toda su trayectoria académica. Esta afirmación tan categórica requiere una explicación. Es bien sabido que de una obra se pueden hacer tantas lecturas como personas la lean, e incluso una misma persona puede hacer lecturas diversas en momentos distintos. Sin embargo, pienso que no me equivoco si afirmo que esta obra está escrita no solo con la cabeza sino sobre todo con el corazón. Además, su autor muestra –a mi juicio– los cuatro grandes amores que explican su vida intelectual y académica: el amor a sus maestros (en plural), el amor a sus alumnos (en parte, así sigue viéndose Obarrio a sí mismo frente a sus maestros), el amor a los libros en general y a la literatura en particular, y el amor al mundo clásico (que incluye su disciplina, el Derecho romano). Mientras los dos primeros amores colman al autor de un sincero reconocimiento y un sentido agradecimiento, los dos segundos le producen desasosiego e inquietud al constatar su crisis actual en el contexto de una cultura que experimenta, desde hace varias décadas, una empobrecedora y peligrosa deriva hacia una concepción utilitaria o mercantilista de la cultura, como si el fin del saber fuera la utilidad: «a nuestra época únicamente le interesa la *utilitas*, no la *Paideia*. No es ni puede ser nuestro caso» (p. 42); de ahí que Obarrio reaccione y salga «en defensa» de los libros y de la cultura grecolatina, tal como reza el título de la obra, porque la expresión «apología» resultaría insuficiente.

---

deza. La vida nos dice que no hay nada. [...] Los horizontes de mi vida han sido cortísimos. Estas circunstancias me han hecho especialmente sensible a la fulguración de la letra impresa. Me pusieron los libros en la mano y los leí. [...] Uno descubre que lo que dicen los libros sirve para disimular, para camuflar la vida mediocre y acomodaticia [...]; texto recogido en la p. 38, nota al pie n. 97.

La intimidad proviene también del hecho de haber sido escrita tras haber dedicado casi una vida entera —este año cumple sesenta años— a la lectura, el estudio y la docencia: «...este libro, escrito en la madurez de nuestra vida, encierra un itinerario vital, que no es otro que dar buena cuenta de aquellas obras que han labrado nuestra historia, y quizá la de algunos de nuestros alumnos» (p. 22). Una vida fraguada entre los libros, y que permite al autor hacer suyas las palabras del escritor Gabriel García Márquez: «La vida no es lo que uno vivió, sino lo que uno recuerda y cómo la recuerda para contarla»<sup>3</sup>. La belleza resulta patente con solo empezar a leer el texto, no solo por la acertada selección de citas de autores o escritores, sino por su esmerada redacción.

Según el autor, la literatura, la cultura clásica y la tradición son el mejor antídoto contra la imperante corriente utilitarista, presente no solo en el mundo empresarial y financiero, sino también en la cultura y en todo el sistema educativo, incluyendo la universidad. De ahí el afecto sincero que siente hacia aquellos maestros que le enseñaron a valorar y a disfrutar de la cultura grecolatina, hasta el punto de transformar su vida: «...desde muy joven supimos valorar la riqueza de los textos grecolatinos. [...] Obras que cumplieron su objetivo: *docere, delectare et movere*, porque nos enseñaron, deleitaron y conmovieron por igual, hasta cambiar nuestra forma de ver la vida por completo» (p. 128). Lo mismo afirma con respecto a los libros: «... porque los libros cambiaron nuestra vida, la fortalecieron y le dieron sentido» (p. 102).

No es fácil deslindar en Obarrio su pasión por los libros y su amor a la tradición. El autor no es tradicionalista, pero sí ama la tradición, una tradición que permite entender el mundo en el que uno vive y comprenderse a sí mismo. Una tradición a la que uno accede dialogando con sus maestros y con quienes han plasmado sus reflexiones y sabia experiencia en textos cuya lectura permite vivir tantas vidas como autores uno haya leído. Leer un libro jamás es una pérdida de tiempo, sino todo lo contrario, al igual que, como recoge *El principito*, «[e]l tiempo que perdiste por tu rosa hace que tu rosa sea tan importante»<sup>4</sup>. Solo desde un amor apasionado a los libros cabe entender las siguientes palabras del autor:

«Recordamos el lugar y la fecha en que compramos cada nuevo libro, como retenemos en nuestra memoria los sacrificios que hicimos para obtenerlos. Aunque pueda parecer mentira, tenemos anotados los libros que hemos leído y releído; también los que están pendientes de lectura, y los que, muy probablemente, nunca leeremos. Esto último, poco importa. Están ahí, al acecho, esperando que algún día los abramos y descubramos el misterio que ofrecen. Este milagro se llama Literatura. Este milagro nos cambió la vida. Diría más: nos dio la vida. ¡Cómo no rendir tributo a quienes tanto nos han aportado!» (p. 20)

Y más adelante afirma: «... fuimos formando una inagotable biblioteca, con la que soñamos desde nuestra primera juventud» (p. 23). Si ese era su sueño cuando era joven, cabe dar la razón a Gregorio Marañón, para quien «[t]oda la vida seremos lo que seamos capaces de ser desde jóvenes»<sup>5</sup>.

De la mano de buenos maestros se introduce uno en los libros y éstos, a su vez, despiertan el amor a la tradición, a ese legado cultural de valor incalculable que es el mundo

<sup>3</sup> GARCÍA MÁRQUEZ, G., *Vivir para contarla*, Barcelona, 2002, p. 7 (cita recogida en la p. 23, nota al pie n. 44).

<sup>4</sup> «[los libros]...son parte de nuestra vida, porque su lectura, incluso la que tuvimos que dejar a medias, nunca fue, como leemos en *El Principito*, una pérdida de tiempo [Antoine De Saint-Exupéry, *El principito*, México, 1975, XXI: «El tiempo que perdiste por tu rosa hace que tu rosa sea tan importante»] (p. 20).

<sup>5</sup> MARAÑÓN, G., *Ensayos liberales*, Madrid, 1966, p. 79 (texto recogido en p. 135).

grecolatino. Sin tradición, no hay cultura: «Si estamos fuera de la tradición –la que sea– estamos fuera de la cultura»<sup>6</sup>. Y sin cultura, el tiempo presente se vuelve indescifrable, consigna Obarrio citando a Eliot: «si negamos ‘la tradición, perdemos nuestro dominio sobre el presente’»<sup>7</sup>. Una sociedad que renuncia a la cultura y prefiere permanecer en la ignorancia, vive en el exilio: «El exilio del hombre es la ignorancia: su patria es la ciencia»<sup>8</sup>. Negar la tradición es negar el pasado, y negar el pasado es negar el ser humano porque, como afirmara Ortega y Gasset, «[e]l pasado no está allí, en su fecha, sino aquí, en mí. El pasado soy yo (...), la historia es la realidad del hombre (...). Negar el pasado es absurdo e ilusorio, porque el pasado es lo natural del hombre y vuelve al galope»<sup>9</sup>. Negar el pasado imposibilita entender el sentido y el fin de la existencia humana: «...en realidad, vivir como hombres significa elegir un blanco –honor, gloria, riqueza, cultura– y apuntar hacia él con toda la conducta, pues no ordenar la vida a un final es señal de gran necedad»<sup>10</sup>. En definitiva, una sociedad humana al margen de la tradición, ignota y desconectada del legado cultural de la que proviene, se hace más vulnerable porque opta por vivir al margen de la realidad, de una realidad que quizá es vista con recelo, como si se tratara de una imposición cultural, pero de una cultura que no se comprende ni están dispuestos a comprender quienes se creen en posesión de la verdad, como ya advirtieran Platón y Nietzsche:

«Nosotros, que no sabemos casi nada, creemos saberlo todo»<sup>11</sup>.  
«... la mediocridad del hombre que se cree en posesión de la verdad es el síntoma evidente de una enfermedad que debemos superar»<sup>12</sup>.

Si se abandona la tradición, la persona y la sociedad se deshumanizan. Sin raíces, el ser humano termina viviendo «cual brutos», en vez de dignificarse con la virtud y la ciencia: «Pensad en vuestro origen: vosotros no habéis nacido para vivir cual brutos, sino para alcanzar la virtud y la ciencia»<sup>13</sup>.

Frente al legado cultural de quienes nos han precedido a lo largo de tantos siglos, hoy es más *fashion* una cultura rápida y ‘light’ encaminada hacia el rendimiento, la productividad y el beneficio económico, como ya criticó el mencionado filósofo alemán:

«A partir de la moral aquí triunfante, se necesita indudablemente algo opuesto, es decir, una cultura rápida, que capacite a los individuos deprisa para ganar dinero, y, aun así, suficientemente fundamentada para que puedan llegar a ser individuos que ganen

<sup>6</sup> VILLENA, L. A. de, *Teorías y poetas. Panorama de una generación completa en la última poesía española*, Valencia, 2000, pp. 59-60 (texto recogido en p. 81).

<sup>7</sup> ELIOT, T. S., *El bosque sagrado*, Madrid, 2004, pp. 218-219 (texto recogido en p. 80).

<sup>8</sup> GOFF, J. le, *Los intelectuales en la Edad Media*, Madrid, 1986, p. 65 (texto recogido en p. 93).

<sup>9</sup> ORTEGA Y GASSET, J., *La rebelión de las masas*, Barcelona, 1983, p. 21: «El pasado no está allí, en su fecha, sino aquí, en mí. El pasado soy yo –se entiende, mi vida», de ahí que «la historia es la realidad del hombre. No tiene otra. En ella se ha llegado a hacer tal como es. Negar el pasado es absurdo e ilusorio, porque el pasado es lo natural del hombre y vuelve al galope. El pasado no está ahí y no se ha tomado el trabajo de pasar para que lo neguemos, sino para que lo integremos», por esta razón «el hombre no es nunca un primer hombre, sino siempre un sucesor, un heredero, un hijo del pasado» (texto recogido en pp. 109-110).

<sup>10</sup> MACINTYRE, A., *Tras la virtud*, Barcelona, 2004 [Consulta en línea. <https://circulosemiotico.files.wordpress.com>] (texto recogido en p. 88).

<sup>11</sup> PLATÓN, *Las Leyes*, 732a (texto recogido en p. 76).

<sup>12</sup> NIETZSCHE, F., *Así habló Zaratustra, Del leer y el escribir*, Madrid, 2007 (texto recogido en p. 105).

<sup>13</sup> DANTE, *La Divina comedia*, Infierno, Canto XXVI (texto recogido en p. 73).

muchísimo dinero. Se concede cultura al hombre solo en la medida en que interesa la ganancia; sin embargo, por otro lado se le exige que llegue a esa medida. En resumen, la humanidad tiene necesariamente un derecho a la felicidad terrenal: para eso es necesaria la cultura, ¡pero solo para eso!»<sup>14</sup>.

Se trata de una «cultura» cautivada o subyugada, al servicio de una concepción utilitarista del ser humano y de la sociedad, que reduce la realidad y constriñe el pensamiento, propiciando la aparición de nuevas formas de engaño y manipulación, implementadas por gobiernos que tratan a sus súbditos como si fueran menores de edad. Así lo expresó Kant hace más de dos siglos, pero hoy esa crítica resulta más punzante porque, pudiendo salir de la minoría de edad, parece que muchos prefieren vivir como si la Ilustración no hubiera tenido lugar:

«... un gobierno paternalista (*imperium paternale*), en que los súbditos, como niños menores de edad, que no pueden distinguir lo que es útil o nocivo, se ven forzados a comportarse de manera meramente pasiva, para aguardar del juicio del jefe del Estado el modo en que deban ser felices, y de su bondad el que éste también quiera que lo sean, tal gobierno es el mayor despotismo imaginable.»<sup>15</sup>

Obarrio critica esa deriva del pensamiento hacia la corriente utilitarista y advierte del grave peligro que entraña la actual cultura de la cancelación:

«... la libertad únicamente puede aflorar en espacios en los que el pensamiento y la libertad de expresión cuestionan, interrogan, prueban y censuran, pero no en los que se les penaliza o recrimina por los doctrinarios de turno, salvo, ¡claro está!, que promuevan actos o expresiones jurídicamente ilícitas» (p. 54).

A este respecto recurre a unas lúcidas y certeras palabras del escritor Stefan Zweig:

«Desde que comenzó el mundo, todos los males han venido de los doctrinarios, que, intransigentes, proclaman su opinión y su ideario como los únicos válidos. Esos fanáticos de una sola idea y un único proceder son los que, con su despótica agresividad, perturban la paz en la tierra y quienes transforman la natural convivencia de las ideas en confrontación y mortal disensión.»<sup>16</sup>

Frente a esa forma de fanatismo, desgraciadamente tan común en la sociedad actual, Obarrio apuesta por estimular el pensamiento crítico, como una condición imprescindible para vivir en una libertad real, no en otra «meramente formal»:

«Lo real es que la ausencia de pensamiento crítico nos conduce a ese espacio vacío que denominamos ignorancia. Este y no otro es el drama de la Cultura y de la libertad, un drama que impide a los individuos discernir entre el bien y el mal, entre la verdad y la mentira, entre lo temporal y lo eterno; un drama que surge porque ese discernimiento no le pertenece al individuo, sino a ese poder fáctico llamado Estado, un poder que, al positivar –relativizando– la Cultura y la verdad, ha contribuido a que se pueda hacer

<sup>14</sup> NIETZSCHE, F., *Sobre el porvenir de nuestras instituciones educativas*, Barcelona, 2000, Primera Conferencia, pp. 40-41 (texto recogido en p. 104).

<sup>15</sup> KANT, I., *En defensa de la Ilustración*, Barcelona, 1999, Cap. «Sobre el tópico: Esto puede ser correcto en teoría, pero no vale para la práctica», p. 261 (texto recogido en p. 109).

<sup>16</sup> ZWEIG, S., *El legado de Europa*, Barcelona, 2010, p. 190 (texto recogido en p. 54).

realidad esa *abolición del hombre* que preconizara Clive S. Lewis en feliz expresión, a la que se llega cuando se vacía la verdad de contenido» (p. 52)<sup>17</sup>.

Ya Sócrates afirmaba que leer es pensar e interrogarse sobre la realidad, tarea no fácil porque, como señalaba Heráclito, «[l]a realidad aprecia el ocultarse»<sup>18</sup>. La realidad es rica, compleja y poliédrica. Acceder a ella exige, además de cultivar la capacidad de contemplación<sup>19</sup>, hacerse varias preguntas: «Tengo seis sirvientes honrados (me enseñaron cuanto sé), se llaman qué, quién, cuándo, dónde, cómo y por qué»<sup>20</sup>. Y este es precisamente el papel de un buen docente: ayudar a pensar. Así lo consignó Kant: «[el docente] No debe enseñar pensamientos, sino enseñar a pensar. Al alumno no hay que transportarle sino dirigirle, si es que tenemos intención de que en el futuro camine por sí mismo»<sup>21</sup>.

Resulta perceptible la estima que Obarrio siente hacia sus estudiantes. Cabría decir que el autor vuelca o comunica sobre sus estudiantes el agradecido afecto que siente hacia sus maestros: «La vida universitaria nos lleva a reconocer que la preocupación de un maestro por la formación de un ser humano está siempre presente en la vida de un docente» (p. 16). Me temo que no muchos docentes puedan decir que tengan siempre presente la formación de sus estudiantes, esa sabiduría que permite crecer como persona, en vez de conformarse con un cúmulo de conocimientos que acaba en mera información, como lamenta Eliot:

«¿Dónde está la sabiduría que hemos perdido en conocimiento?  
¿Dónde está el conocimiento que hemos perdido en información?»<sup>22</sup>.

Una sabiduría que es «... ese conocimiento que busca, afanosamente, la verdad y la claridad, porque sin verdad que transmitir no hay educación posible» (p. 44). Y la verdad exige apertura a la realidad, esa realidad que «aprecia el ocultarse»<sup>23</sup>, pero que jamás deja de estar ahí. Una realidad que cabe ignorar, pero no por ello deja de existir, y, como afirmó Ortega y Gasset, «toda realidad ignorada prepara su venganza»<sup>24</sup>. Uno puede ignorar la realidad de buena o mala fe, pero en cualquier caso «tropieza» con ella. Con palabras similares expresó Julián Marías, discípulo orteguiano, la misma idea:

«Se puede “de buena fe” estar en la creencia de que 2 y 2 son 5. Lo malo es que cuando se obra de acuerdo con esa convicción, se tropieza con la realidad, porque

<sup>17</sup> Citando a LEWIS, C. S., *La abolición del hombre*, Madrid, 2016 (texto recogido en p. 52).

<sup>18</sup> HERÁCLITO, fr. 123 K (texto recogido en p. 52).

<sup>19</sup> A este respecto, resulta elocuente una conversación entre el abuelo y su nieta en la película *El Abuelo* (1998, director: José Luis Garcí):

¿Quién te ha dado lecciones? –pregunta el abuelo (Fernando Fernán Gómez) a su nieta.

Nadie –responde su nieta con sencillez.

¿Cómo lo has aprendido? –interroga de nuevo el abuelo a su nieta.

Mirando las cosas –replica certeramente la nieta.

<sup>20</sup> KIPLING, R., *Los cuentos de así fue*, Madrid, 2002, p. 108 (texto recogido en p. 152, nota al pie n. 570).

<sup>21</sup> KANT, I., *Sobre la organización de sus clases en el trimestre de invierno de 1765-1766* (en LLEDÓ, E., *Sobre la educación. La necesidad de la Literatura y la vigencia de la Filosofía*, Madrid, 2018, pp. 41-42 y 256-257) (texto recogido en p. 58).

<sup>22</sup> ELIOT, T. S., «Coros de la Piedra», *Poesía reunida (1919-1962)*, Madrid, 1981, p. 169 (texto recogido en p. 124).

<sup>23</sup> Véase la nota al pie n. 18.

<sup>24</sup> ORTEGA Y GASSET, J., «Epílogo para ingleses», *La rebelión de las masas*, Barcelona, 1983, p. 204 (texto recogido en p. 44).

ella no tolera las falsedades y se venga siempre de ellas. De ahí viene el fracaso de la vida»<sup>25</sup>.

Es posible que alguien prefiera ignorar la realidad a sabiendas, «pero la mala fe nunca es una explicación satisfactoria, por lo menos no es suficiente», como nos recuerda Julián Marías<sup>26</sup>. Junto a la mala fe, siempre existen otros factores que explican las razones por las que una persona o una sociedad prefiere cerrar los ojos a la realidad, o conformarse con un pensamiento reductivo de la realidad, reduciéndola a lo contable. Fue Heidegger quien mostró la tragedia de la supuesta verdad de que «el único pensamiento que cuenta es el que calcula»<sup>27</sup>.

Contar con un buen maestro o docente constituye un buen antídoto contra ese peligro. El buen docente es el que enseña, siendo «capaz de seducir, sin hipnotizar»<sup>28</sup>. Pero, «¿en qué consiste la enseñanza?», se pregunta el autor:

«La respuesta no es sencilla. (...) Para quien escribe estas líneas no es otra cosa que un permanente diálogo entre el docente y sus alumnos, un diálogo que nace con la finalidad de transmitir unos conocimientos que hemos adquirido con años de pacientes e inteligencias lecturas (...). Dialogar con los libros nos ha llevado a entablar una fructífera conversación con los alumnos, ya sea en clase o en un seminario...» (p. 23).

Para Obarrio –al igual que para mí–<sup>29</sup>, enseñar es dialogar. Se enseña y se aprende dialogando. Leer un libro también es dialogar con su autor, como señala Umberto Eco en su novela *El nombre de la rosa*: «Mi querido Adso –dijo el maestro–, durante todo el viaje he estado enseñándote a reconocer las huellas por las que el mundo nos habla como por medio de un gran libro»<sup>30</sup>. Y Obarrio comenta:

«En el fondo, lo que Eco desea expresar es que leer es dialogar. Dialogar con un autor, con una época, con unos personajes y con anónimos lectores que nos han precedido en su lectura; una lectura que han sabido transmitir de generación en generación hasta formar parte de nuestro acervo cultural» (p. 117)

Dialogar es el mejor –quizá cabría decir el único– camino para ayudar a los estudiantes a aprender a pensar por sí mismos y a expresarse con libertad:

«... nuestra obligación como docentes nos lleva a advertirles que el hombre solo crece cuando es libre: libre para creer, pensar y expresar, porque en el pensamiento está el

<sup>25</sup> MARÍAS, J., «Libertad humana y Libertad política», *La España real*, Madrid: Espasa-Calpe, 1978, p. 230.

<sup>26</sup> MARÍAS, J., «Libertad humana y Libertad política», *La España real*, Madrid: Espasa-Calpe, 1978, p. 229.

<sup>27</sup> HEIDEGGER, M., *Ser y el tiempo*, Madrid, 2011; *Serenidad*, Madrid, 1994, p. 18 (texto recogido en p. 144).

<sup>28</sup> SAVATER, F., *El valor de educar*, Barcelona, 1997, pp. 46-52 (texto recogido en p. 151, nota al pie n. 568).

<sup>29</sup> MASFERRER, A., «Qué espera hoy el estudiante universitario de un buen docente. Experiencias y reflexiones de un historiador de Derecho», *Reflexiones sobre la misión de la Universidad del siglo XXI* (Bravo Bosch, M. J.; Obarrio, J. A.; Piquer Marí, J. M., y Zamora Manzano, J. L. coords.), Madrid: Dykinson, 2020, pp. 151-165.

<sup>30</sup> Eco, U., *El nombre de la rosa*, Barcelona, 1983, p. 32 (texto recogido en p. 117).

ser» (p. 28), recogiendo a Parménides: «... porque el pensar y el ser son una y la misma cosa»<sup>31</sup>.

Si la libertad personal depende, en buena medida, de la capacidad de pensar por uno mismo y de expresar el propio pensamiento<sup>32</sup>, se entiende que crecer en libertad exige vencimiento, esto es, vencer la común «inclinación a la pereza», como advierte Nietzsche:

«Al preguntársele cuál era la característica de los seres humanos más común en todas partes, aquel viajero que había visto muchas tierras y pueblos, y visitado muchos continentes, respondió: la inclinación a la pereza»<sup>33</sup>.

Y, tras recoger esta cita, nuestro autor añade:

«¿Qué nos está aconsejando? A no claudicar. A no transitar por una vida acomodaticia alejada del esfuerzo, del estudio diario, de la lectura copiosa, en definitiva, a realizar nuestros sueños, que no son otros que los de alcanzar una vocación a la que hemos sido llamados» (p. 145).

Obarrio tiene muy clara su vocación y su sueño: investigar para enseñar y enseñar para comunicar –en su caso, con pasión– lo que investiga y enseña, porque «el mejor investigador es a la vez el único docente bueno»<sup>34</sup>. En su caso, el autor se dedica al Derecho romano, la base fundamental de la tradición jurídica moderna. Sin embargo, Obarrio reconoce que «[d]urante el curso de una vida, ya larga, hemos notado, con no poca frecuencia, que la Cultura Clásica suscita una mezcla de indiferencia y recelo (...), cuando no, como ocurre en nuestra disciplina, de secreta hostilidad, y no tan secreta, bien lo sabemos y lo padecemos» (p. 43). Los romanistas, al igual que los historiadores del Derecho, experimentan los devastadores efectos de la deriva utilitaria de la institución universitaria, cuyas disciplinas no son valoradas por su contribución a la formación cultural e intelectual de los futuros juristas, sino por «la *amicitia*, ya sea con el Gobierno de turno, con el Rectorado, con el Decanato», poniéndose «en evidencia la fuerte tensión entre la *veritas* y la *amicitia*», así como la preponderancia de «un criterio de fuerza, no de ciencia»<sup>35</sup>.

<sup>31</sup> PARMÉNIDES, *Sobre la naturaleza*, Fragmentos, Barcelona, 1983, III (texto recogido en p. 28, nota al pie n. 61).

<sup>32</sup> MASFERRER, A., *Libertad y ética pública. Por qué pensar críticamente es clave para salvar la democracia*, Madrid: Almuzara, 2022, pp. 13-21 y 183-199.

<sup>33</sup> NIETZSCHE, F., *Schopenhauer como educador*, Madrid, 1999, p. 35 (texto recogido en p. 144).

<sup>34</sup> JASPERS, K., *La idea de la universidad*, AA. VV., *La idea de la universidad en Alemania*, Buenos Aires, 1959, p. 428: «porque [...] el mejor investigador es a la vez el único docente bueno. Porque el investigador puede ser poco hábil para la mera conducción de la materia a enseñar, pero solo él pone en contacto con el propio proceso del conocimiento y, por intermedio de éste, con el espíritu de la ciencia, en vez del contacto con los muertos resultados, fáciles de aprender. Solo él mismo es ciencia viva [...] Él despierta impulsos similares en los alumnos. Él conduce a la fuente del conocimiento. Solo el que personalmente investiga puede enseñar a investigar en estricto sentido. El otro solo transmite lo fijo, ordenado didácticamente. Pero la Universidad no solo es escuela, en el sentido convencional de instancia transmisora de saberes, sino alta Escuela» (texto recogido en p. 161, nota al pie n. 590).

<sup>35</sup> Con estos términos se expresa el autor: «... como sabemos que nos estamos transitando, una vez más, en tierras movedizas, cabe explicar de dónde y por qué surge este hiriente utilitarismo. A nuestro juicio, nace de un poder académico y departamental que busca afanosamente seguir

Frente a esta realidad, Obarrio recurre a pensadores que, como Ortega y Gasset, denuncian sin ambages el irrealismo de lo que «la Universidad pretende ser», así como «la falsedad de la propia vida institucional [universitaria]»:

«Pues bien: yo digo que aun entonces la Universidad actual es un puro y constitucional abuso, porque es una falsedad. De tal modo es imposible que el estudiante medio aprenda en efecto y de verdad lo que se pretende enseñarle, que se ha hecho constitutivo de la vida universitaria aceptar ese fracaso. Es decir, la norma efectiva consiste hoy en dar por anticipado como irreal lo que la Universidad pretende ser. Se acepta, pues, la falsedad de la propia vida institucional. Se hace de su misma falsificación la esencia de la institución. Esta es la raíz de todos los males –como lo es siempre en la vida, sea individual o sea colectiva. El pecado original radica en eso: no ser auténticamente lo que se es. Podemos pretender ser cuanto queramos, pero no es lícito fingir que somos lo que no somos, consentir en estafarnos a nosotros mismos, habituarnos a la mentira sustancial»<sup>36</sup>.

Y a continuación añade:

«Nada que los romanistas no sepamos o no suframos. Lo padecemos porque vemos cómo otras áreas de conocimiento afines a las nuestras, por el mero hecho de tener poder en los órganos académicos, potencian su asignatura con más créditos, más presencia en Masters y en otras Facultades, y nosotros, que nos dedicamos a ver y a analizar instituciones jurídicas que tienen su raigambre en el Derecho civil, mercantil, procesal o administrativo, solo recibimos las migajas. Y aun dando las gracias» (p. 164)

Pese a todo, Obarrio no se amilana, consciente de que, como señala el senador Smith en la película *Caballero sin espada*, «[l]as causas perdidas son las únicas por las que merece la pena luchar» (p. 135), y de que «[s]ólo en la desgracia se sabe en verdad quién se es»<sup>37</sup>. El autor sabe a lo que está llamado y no está dispuesto a claudicar, haciendo suya la certera afirmación orteguiana de que «la vida nos la han dado, pero no nos la han dado hecha; la vida es quehacer»<sup>38</sup>. Un quehacer en busca de una universidad que contribuya a una sociedad más culta, más humana y más justa. Esa fue la contribución de la universidad medieval en la sociedad europea, y lo puede seguir siendo si la actual institución universita-

---

dentándolo, cuando no aumentándolo. El medio para alcanzarlo es bien conocido: se establece un criterio de fuerza, no de ciencia. Con él, las Áreas de conocimiento más consolidadas numéricamente se imponen en detrimento de las más reducidas. Estas últimas no gozan de representación alguna en el Decanato, ni en las Comisiones, a las que, en no pocas veces, ni se les permite el acceso. Tampoco detentan cargos académicos, no por desgana, sino porque son excluidos a perpetuidad. Eso sí, poseen una dilatada y prestigiosa proyección docente e investigadora. Poca cosa, esgrimirán algunos. Pero, como ya hemos indicado, la excelencia no depende del conocimiento que se tiene o se imparte, sino de la *amicitia*, ya sea con el Gobierno de turno, con el Rectorado, con el Decanato, y así *ad infinitum*. Es la vieja controversia de siempre: la impronta del poder frente a quienes se niegan a ser *libidini ministri* o *adiutores ad iniuriam*. Es la misma que recoge AULO GELIO en sus *Noches Áticas* (I. 39), en donde se pone en evidencia la fuerte tensión entre la *veritas* y la *amicitia*, entendida desde el prisma de la *utilitas*. En este contexto, recuerda que Chilos, quien fue considerado como uno de los siete sabios, se sintió atormentado toda su vida por dar una sentencia favorable a un amigo que no la merecía, vulnerando, de esta forma, el Derecho (entendido como *recta ratio*) y su propia eticidad» (p. 159).

<sup>36</sup> ORTEGA Y GASSET, J., *Misión de la Universidad*, Madrid, 2004, p. 42 (texto recogido en p. 160, nota al pie n. 589).

<sup>37</sup> ZWEIG, S., *María Antonieta*, Barcelona, 2012, p. 8, 12 (texto recogido en p. 83).

<sup>38</sup> ORTEGA Y GASSET, J., *El hombre y la gente*, Madrid, 1980, p. 50 (texto recogido en p. 168).

ria no renuncia a aquel legado cultural sin el cual no sería posible entender Europa y Occidente: «Solo podemos preguntarnos qué será Europa en el futuro, e incluso qué será Europa en la actualidad, preguntándonos antes cómo se ha convertido en lo que hoy es»<sup>39</sup>.

Con estas palabras concluye y sintetiza Obarrio su gran obra, y yo esta modesta reseña:

«Cabe finalizar, pero no sin antes señalar que solo una irreflexiva inteligencia sería incapaz de advertir que un mar de lecturas se acomoda en el silencio de cada página que un romanista escribe; páginas que desoyen la efímera temporalidad de lo inmediato, para escuchar las voces de un pasado que, como «cantos aprehendidos», ni dogmatiza ni inmoviliza; páginas escritas con un lenguaje cuidado, preciso y claro, en las que podemos sentir la verdad que leemos en el verso de Eliot: «mezcla de memoria y deseo» es la vida (Tierra baldía). Memoria de unos juristas –y de una Universidad– que deseamos que permanezcan vivos en la rueda de la Historia, la misma que permite que «el latido del presente suene, pues, con el tono del pasado» (Lledó). Así lo reconoce Hans-George Gadamer en los diversos ensayos que se recogen bajo el título *La herencia de Europa*:

“Solo podemos preguntarnos qué será Europa en el futuro, e incluso qué será Europa en la actualidad, preguntándonos antes cómo se ha convertido en lo que hoy es”» (p. 180).

Juan Alfredo Obarrio ha escrito una obra magnífica<sup>40</sup>, propia de un gran maestro. Y es maestro porque tuvo un gran sueño desde joven, así como la valentía de comprometerse y dedicar su vida a hacerlo realidad. Ha acometido –con pasión, tesón y magnanimidad– su quehacer. Es cierto que ha contado con grandes maestros, a los que está infinitamente agradecido, pero también lo es que no ha escatimado sacrificio alguno, y ha invertido innumerables horas –*die et nocte*– a leer, reflexionar y escribir. Toda una vida dedicada a cultivar el pensamiento y el diálogo. Así se forjan los maestros, que se erigen en estrellas cuyo resplandeciente fulgor ilumina y colma de humanidad la sociedad y al mundo que les ha tocado en suerte vivir. A él se dirige mi más sentido agradecimiento y mi más sincera felicitación por esta joya académica y literaria.

ANICETO MASFERRER DOMINGO  
Universitat de València. España

**PORTILLO VALDÉS, José María: *Una historia atlántica de los orígenes de la Nación y el Estado. España y las Españas en el siglo XIX*. Alianza Editorial, Madrid, 2022, ISBN: 978-84-1362828-8. 368 pp.**

Rastrear los orígenes del movimiento constitucional, de sus prolegómenos y de su completo cuerpo doctrinal, no obstante especialidades nacionales, aparece hoy en día

<sup>39</sup> GADAMER, H.-G., *La herencia de Europa. Ensayos*, Barcelona, 1990, p. 15 (texto recogido en p. 110).

<sup>40</sup> Al recensionar, en 2018, su libro *Iura et humanitas...* (véase la nota al pie n. 1), señalé que se trataba «sin duda y *stricto sensu* [...] de una magna obra, y, a mi juicio, de la mejor obra hasta el presente», y añadí: «y quizá –el tiempo lo dirá– de toda su trayectoria personal y académica» (p. 294). Ahora puedo decir que la obra aquí recensionada es aún mejor que aquella. Si califico que aquella de «magna», ésta es «magnífica».